

NEW LEFT REVIEW 80

SEGUNDA ÉPOCA

MAYO JUNIO 2013

ENTREVISTA

G. M. TAMÁS Palabras desde Budapest 7

ARTÍCULO

RÉGIS DEBRAY ¿La decadencia de Occidente? 31

POLÉMICA

ASEF BAYAT Malos tiempos para la revolución 49

TARIQ ALI Entre el pasado y el futuro 65

ARTÍCULOS

PETER NOLAN Archipiélagos imperiales 81

BENEDICT ANDERSON Los no galardonados 101

SVEN LÜTTICKEN El *performance art* después de la tv 113

CRÍTICA

KOZO YAMAMURA Estancamiento sistémico 138

KHEYA BAG La dinastía de Delhi 147

IAN BIRCHALL Descubrir el Tercer Mundo 158

La nueva edición de la New Left Review en español se lanza desde el Instituto de Altos Estudios Nacionales de Ecuador-IAEN,

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

© Instituto de Altos Estudios Nacionales (IAEN), 2014, para lengua española

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

G. M. TAMÁS

Entrevista

PALABRAS DESDE BUDAPEST

Su trayectoria ha sido inusual: filósofo libertario y disidente durante el comunismo, tanto en Rumanía como en Hungría, convertido en uno de los principales críticos de izquierda al orden capitalista en Europa Oriental, y autor de un asombroso conjunto de artículos sobre el legado histórico y cultural y la dinámica contemporánea de esa región. ¿Podríamos empezar preguntando por su formación personal e intelectual original, en la Rumanía de Gheorghiu-Dej y Ceaușescu?

RESPONDER A ESTA pregunta es prácticamente imposible, ya que todo el contexto que podría explicarla ha desaparecido. Nací en 1948, en la que los húngaros llaman Kolozsvár y los rumanos Cluj. Esta ciudad, la principal de Transilvania, había sido transferida de Hungría a Rumanía en 1920 por el Tratado de Trianon, devuelta a la Hungría de Horthy por Hitler en 1940, sometida a la ocupación directa de los nazis desde comienzos de 1944 hasta la llegada de las fuerzas soviéticas, y finalmente reincorporada a Rumanía. Mis padres eran comunistas. Habían vuelto de la guerra destrozados y amargados. Mi padre, escritor húngaro, fue enviado de la cárcel al frente, donde fue herido de gravedad –caminaba con muletas, después con un robusto bastón, que todavía conservo– por aquellos a quienes consideraba camaradas: el Ejército Rojo. Mi madre, irónicamente, se salvó al ser deportada a Auschwitz, porque estaba en la cárcel por sediciosa bolchevique. Pero su madre y su hermano favorito, el mayor, fueron asesinados. La familia de mi padre pertenecía a la pequeña nobleza o, más bien, a la burguesía agraria, en la región montañosa de Szekler, en la Transilvania Oriental; su padre era sastre en un pueblo. Mi madre, siete años mayor que él, procedía de una familia ortodoxa judía, una larga

línea de estudiosos del Talmud. No podían haberse conocido en ningún otro lugar, solo en el movimiento. El movimiento –nunca hablaban del Partido– significaba principalmente sufrimiento y persecución: detenciones, cárcel, palizas. El sufrimiento se explicaba por sí solo: el castigo por parte de una sociedad maligna demostraba la bondad de la causa. Era una visión del mundo cuasi gnóstica: a un lado, explotación, presión, Hitler y muerte; al otro, el movimiento.

Más tarde, cuando mi padre se desencantó profundamente del sistema, le pregunté por qué seguía considerándose comunista. Me enseñó un pequeño cubo de plástico –bueno, supongo que de baquelita– con seis pequeñas fotos pegadas en sus caras: retratos de algunos de sus mejores amigos de juventud, torturados hasta la muerte por los servicios secretos reales de Hungría y Rumanía, o por la Gestapo en aquel horrible año de 1944. «Porque no puedo explicárselo a ellos», dijo. Era la perfecta idea cristiana: dar testimonio, el martirio como aval teológico de la verdad. Estaban justificados por la muerte heroica, al igual que la causa. Mi padre no podía escapar de ella. Mantener la fe, a pesar de la adversa experiencia política de putrefacción del movimiento, era el único curso de acción. Todo lo demás habría sido traición. *Duplex veritas* también: nunca negó que el «socialismo de Estado» era un fracaso. Su identidad y sus principios estaban enfrentados. Las autoridades comunistas habían detenido a algunos de sus camaradas recién liberados de los campos de concentración, que «desaparecieron» sin dejar rastro. Esto lo destruyó como intelectual.

A falta de revolución, se encontró de repente con tiempo entre las manos, así que tenía ocio suficiente para ser un padre maravilloso. Me enseñó la Transilvania histórica, renqueando por sendas de montaña, levantando el bastón ante una fortificación, castillo, o una iglesia medieval en ruinas. No hay muchos intelectuales hoy en día que tengan amigos obreros, pero nosotros los teníamos. Algunos familiares nuestros eran campesinos, en las regiones más pobres de Europa. Me enseñaron, con poco éxito, a trabajar en los campos y en el huerto. Pero me enseñaron también algo más: que todo estaba relacionado con nosotros. Mi memoria se formó escuchando el programa en húngaro de BBC World Service y resumiéndoles las noticias a mis padres; tenía siete años. Todavía recuerdo los Gobiernos ingleses de esa época: Selwyn Lloyd, Rab Butler, Maxwell Fyfe, etcétera (aunque uno admiraba a Herbert Morrison y Barbara Castle). «We'll Meet Again» y «The White Cliffs of Dover», con

Vera Lynn, sonaban parecidas a marchas socialistas. La BBC –al contrario que Radio Europa Libre– había sido considerada «antifascista» desde la guerra. Yo no tenía idea de que era distinto de otros niños; suponía que no era solo una diminuta minoría la interesada por Nehru, Sukarno, Ho Chi Minh y Lumumba; y en la calle, a los tipos fuertes y morenos los llamaban invariablemente Tshombe, famoso por los informativos.

El internacionalismo siguió siendo un credo importante para mis padres y su círculo de amigos –la mayoría de ellos «ilegales» antes de 1945–, mientras el Partido se volvía cada vez más nacionalista, en la década de 1960, y empezaba a librarse de líderes y activistas húngaros, judíos y –en especial– judeo-húngaros, todo lo cual recordaba las tácticas de «rumанизación» utilizadas por la Guardia de Hierro antes de la guerra. Con ellos se fueron las importantes concesiones otorgadas a la minoría húngara después de la guerra, incluido un territorio autónomo y una universidad húngara independiente en Cluj/Kolozsvár.

¿Qué tipo de ciudad era la Cluj/Kolozsvár en la que usted creció?

Era una ciudad catedralicia medieval, con una gruesa muralla visible todavía hoy, con dos importantes iglesias góticas –mi favorita es la iglesia reformada de Farkas Utca (la «calle del Lobo»); soy calvinista no practicante– y las casas barrocas de la aristocracia transilvana y los patricios locales: el palacio de Bánffy, la casa Rhédey, la casa Kendeffy, la casa Wolphard-Kakas, la catedral cerca de la cual se construyó la universidad en la década de 1870. Para mí es dolorosamente hermosa. La llamaban «la ciudad de los tesoros», pero no por sus riquezas; fue la capital regional de la alquimia; tuvo una historia de enfrentamientos religiosos y conversiones repentinas durante la Reforma. Era una ciudad húngara rodeada por un campo principalmente rumano, y también un bastión de la izquierda. En 1946, estudiantes de la Guardia de Hierro de la universidad rumana asesinaron a dos trabajadores comunistas húngaros. Los rojos –principalmente húngaros– atacaron las residencias universitarias. Las dos víctimas fueron expuestas en un enorme catafalco en la plaza Mayor, se reunió una doliente multitud de decenas de miles de personas, y esa noche los líderes comunistas pronunciaron incendiarios discursos de venganza a la luz de las velas, un siniestro y amenazador espectáculo recordado repetidamente por mis mayores (yo no había nacido aún). La universidad húngara era comunista, la rumana, de derechas. De igual modo, los dos clubes de fútbol de la ciudad estaban también divididos

políticamente: el KMSC (hoy CFR) era húngaro y socialdemócrata (originalmente había sido una asociación deportiva sindical), el Universitate era rumano y de la Guardia de Hierro. Siguen odiándose, olvidado su pasado, aunque ahora todos sus jugadores e hinchas son rumanos.

En toda Europa Oriental, las minorías tendían a ser de izquierdas, atraídas por el internacionalismo comunista y por la oposición del Komintern a los tratados de Versalles y de Trianon. En toda Rumanía, la universidad húngara de Cluj/Kolozsvár era el bastión más fiable del marxismo-leninismo, algo que, por supuesto, no ha generado el cariño de los rumanos, intelectuales o no, por la doctrina oficial. El estalinismo sigue siendo recordado, bastante injustamente, como una época de renovada dominación húngara en Transilvania, cuya supresión hizo a Nicolae Ceaușescu muy popular durante un tiempo.

¿Y su educación?

Tuve una niñez extrañamente victoriana. Lo que en aquel momento se tenía por «comunismo» era un régimen rígidamente racionalista, puritano, diligente, asexual y disciplinado, con una inclinación a altos ideales, la cultura elevada, la autosuperación y el estudio riguroso; todo reprimido, callado y con buenos modales, todo en nombre de la revolución. Leyendo un libro de Raphael Samuel, *Lost World of British Communism*, a pesar de todas las diferencias entre una cultura dominante y una subcultura aislada, reconocí el gris acerado del bolchevismo sacrificado, altruista, igualitario, nada sentimental, carente de romanticismo y positivista de nuestra juventud, con el heroísmo templado y no declarado que constituía su ideal secreto. A nosotros, los niños bolcheviques, también se nos veía pero no se nos oía, con nuestros pantalones cortos y nuestras ásperas medias de lana hasta la rodilla, escuchando a los mayores perorar sobre asuntos de peso. Durante mis prolongadas enfermedades, mi padre me leía interminables historias épicas del siglo XIX y me enseñaba a leerlo todo, de ser posible, en su lengua original. Todos los sábados por la tarde y los domingos por la mañana íbamos a conciertos sinfónicos. Y tocaba el violín; se suponía que todos debíamos leer música, entender el latín, leer a Dante, Milton, Byron, Goethe y Pushkin en la adolescencia. Yo empecé la *Crítica de la razón pura* a los catorce. No la entendí, por supuesto, pero la terminé, en la terrible e incomprensible traducción húngara antigua.

Había vacaciones modestas: recuerdo días de verano en la hierba del patio, con una cesta de manzanas –odio las manzanas–, leyendo, leyendo y leyendo. Al anochecer, mi madre se quedaba de pie en la oscuridad, mirando a través de las tablillas, esperando que llegase el *coche negro*. Cuando, unos quince años después, en febrero de 1974, a las cuatro y media de la mañana, la policía secreta llamó por fin a la puerta, no me sorprendí. Llevábamos toda la vida esperándola. Era nuestro régimen, era el Partido de mis padres, pero también nuestro obvio enemigo. A comienzos de la década de 1960, cuando mi padre fue despedido del puesto de director del Teatro Estatal Húngaro de la ciudad, pero solo enviado al exilio interno, nos sentimos aliviados. Mis padres me explicaron con horroroso detalle cómo debía comportarme si me pegaban una paliza (nunca lo hicieron), cómo respirar: «La respiración regular es lo más importante, piensa en algo formal, recita versos mentalmente, piensa en fórmulas matemáticas, cualquier cosa rítmica». Les parecía un consejo práctico, pero solo consiguieron asustarme hasta la locura.

¿Cómo percibía usted en aquel momento las relaciones húngaro-rumanas en Transilvania?

Sabíamos cómo habían tratado la nobleza y el Estado húngaros a los campesinos rumanos antes de 1918; cómo habían afrontado los movimientos nacionales rumanos, los movimientos de la mayoría étnica en Transilvania; que les habían negado sus derechos: aunque nosotros, internacionalistas opuestos a la discriminación, éramos inocentes. ¿Pero estaba nuestra antipatía al nacionalismo rumano totalmente libre de sentimientos reprimidos de orgullo étnico, de la sensación de ser «mejores», en cuanto internacionalistas húngaros, que los advenedizos y los recién llegados chovinistas rumanos? Lo dudo mucho. El nacionalismo –en este caso «su» nacionalismo– se consideraba «primitivo», probablemente un eco del antiguo desprecio de la ciudad hacia el campo. Mis padres no hablaban rumano (yo lo hablo con fluidez). Como buenos internacionalistas, leían la literatura de la mayoría de sus países en traducciones. Una vez le pregunté a mi madre: «¿Cómo es que hablas francés perfectamente y no sabes rumano?». A esas alturas, llevaba unos cuarenta años en Rumanía. Se rio sin más.

Mis primeros sentimientos opositores fueron bastante egoístas: ¿cómo se atrevía el régimen a decepcionar a mis adorados y heroicos padres? Mi primera idea sobre el Partido fue que él era el traidor; pensándolo

bien, todavía lo creo. El antiguo contraste entre ideal y realidad fue lo que modeló nuestros supuestos pensamientos políticos. Muy antimarxista. Moralismo exagerado y rígido, en lugar de pensamiento histórico. Me provocó un odio profundo y duradero hacia el régimen, tan intenso y salvaje que es difícil describirlo.

Por lo tanto, con la universidad húngara cerrada por el régimen, presumiblemente su educación universitaria fue en rumano...

No, fue en húngaro; las dos universidades se fundieron de hecho en una, que sigue siendo bilingüe en la actualidad. Pero también pasé dos años en Bucarest, estudiando griego, que en aquel momento no se enseñaba en Kolozsvár.

¿Qué le atrajo de Descartes, el tema de su primer libro?

Mi interés era histórico y crítico: me preocupaba el nacimiento de la «Razón». Es un texto bastante similar al *Descartes político* de Antonio Negri, que, por desgracia, yo desconocía por entonces, aunque su libro es mejor. Me atrajo mucho el primer «giro lingüístico», la versión romántica, como el hallado en la crítica de Johann Georg Hamann a Kant. También escribí sobre Novalis.

Ha mencionado la llegada de la Securitate en febrero de 1974: ¿en qué tipo de actividades estaba usted involucrado?

No fue por lo que hice –el régimen era demasiado rígido y terrible como para permitir una resistencia real–, sino por lo que no hice: me negué a escribir un artículo leal sobre el nuevo «código moral» de Ceaușescu. Me denunciaron de inmediato, y dos días después me llevaron al cuartel general de la Securitate. Era acoso: me detuvieron varias veces en la calle, me metían en el *coche negro* y me retenían unas horas, después me soltaban por la noche. A veces simplemente me dejaban enfriándome los pies en los sombríos corredores.

¿Qué le hizo decidirse a viajar a Hungría en 1978, en lugar de pedir asilo en Occidente?

Hubo varias razones. La primera, que no quería ir a la cárcel, y en Rumanía era solo cuestión de tiempo. La segunda, estaba harto de ser

miembro de una minoría odiada y oficialmente perseguida en mi propia ciudad natal, y ansiaba ser simplemente un autor húngaro en un entorno húngaro, y que no me mirasen mal por hablar húngaro en el autobús, aunque no hay forma de escapar de esto. Mientras hablamos, el odio mutuo entre húngaros y rumanos está resurgiendo, en un conflicto fomentado, como es habitual, por irresponsables políticos derechistas. Dios, es aburrido. Pero, en tercer lugar, aquí en Hungría estaba tomando forma una oposición; me pareció que este sería mi hogar espiritual. Y tal vez estuviese un poco aburrido de las provincias.

No fui a Occidente –aunque hubiera sido mucho más sencillo porque tenía un tío en París, que había trabajado en Renault y pertenecido a diversos grupúsculos, en aquel momento el PSU– porque, como anticuado intelectual, pensaba que tenía deberes aquí: construir una oposición al régimen, hacer filosofía sería en mi lengua natal (mi libro sobre Descartes se publicó en 1977). Estaba además la esperanza de llevar una vida más normal, como me parecía entonces. Durante un tiempo di clase en la Universidad de Budapest, conocida como ELTE, pero me despidieron por publicar, con mi propio nombre, un panfleto clandestino de apoyo a la oposición polaca después del golpe del general Jaruzelski, en diciembre de 1981. Adiós a la vida normal. Me pusieron en la lista negra, me prohibieron publicar, mi nombre desapareció de la prensa y de las publicaciones profesionales, me confiscaron el pasaporte y me cortaron el teléfono, lo habitual. Estuve desempleado hasta que me eligieron parlamentario en 1989.

Hungría era de hecho un país muy distinto de Rumanía. Hungría y Alemania Oriental eran los únicos países socialistas «realmente existentes» en los que no había tendencia al nacionalismo, en los que la tradición antifascista se tomaba en serio (aunque todos los grandes intelectuales de extrema derecha de entreguerras fueron rehabilitados, y escribían frenéticamente en las llamadas revistas comunistas). Sus actitudes antioccidentales y su «anticapitalismo romántico» ayudaban: preferían sinceramente la Unión Soviética a Estados Unidos, en los usuales términos antiliberales. Pero, al contrario que en Rumanía, no se permitía la propaganda contra nuestros vecinos y, al contrario que en el resto del bloque soviético, el antisemitismo estaba silenciado (una política compartida con Alemania Oriental y Yugoslavia). Supuraba silenciosamente, pero raramente se percibía en la vida pública. El nacionalismo, lo que quedaba de él, tenía un leve tinte opositor.

¿Cómo caracterizaría la cultura del momento?

En todo el bloque soviético existía una extraña combinación de modernidad elevada y –visto desde la actualidad, o desde Occidente– un culto increíble y cargado de tradición a las letras, las artes, las ciencias y la filosofía. La modernización «socialista», aparte de poner fin al analfabetismo, a las epidemias y a la miseria, introduciendo el saneamiento y el agua en las casas, la calefacción, las pensiones de vejez, las vacaciones pagadas, la sanidad y la enseñanza gratuitas, el transporte público barato, conocimientos aritméticos elementales, etcétera, también abrió bibliotecas de préstamo en todos los barrios y en todas las empresas más grandes. Introdujo –por primera vez– ediciones comentadas y críticas, y un enorme volumen de publicaciones masivas de alta calidad: ciencias sociales, crítica literaria y artística seria; se inauguraron docenas de teatros y museos, cientos de cines, el cine artístico floreció; todo extremadamente elevado. Millones de personas aprendieron a leer música y cantaban en coros. La filosofía no se había considerado parte de la cultura nacional hasta 1945. Los clásicos nacionales fueron adecuadamente editados y publicados por primera vez. Cientos de estudiosos hacían traducciones. Eran países muy cultos.

Al mismo tiempo, como este era un sistema de capitalismo de Estado, moderado y limitado por la planificación de la producción y de la redistribución –y controlado por unas matemáticas muy complejas–, la política era desproporcionadamente racional o, más bien, racionalista. Al ser un sistema basado todavía en la producción de mercancías, el trabajo asalariado, el dinero y la separación de productores y medios de producción, persistían las diferencias de clase y la desigualdad. En esto, el Partido representaba una especie de *tribunus plebis* colectivo, siempre ajustando los niveles de consumo, la calidad de vida y la participación cultural hacia la igualdad, y manteniendo –de un modo en gran medida simbólico, aunque no exclusivamente– la primacía de la clase obrera. La movilidad social era rápida, y a los hijos de los obreros se les ofrecían ventajas para acceder a la educación superior y a la promoción de cuadros. Las estadísticas demuestran que incluso en la década de 1980 una mayoría aplastante de los principales dirigentes y directivos procedía de familias proletarias.

Es una paradoja suprema que las exigencias de la derecha intransigente actual –una universidad pública independiente en húngaro en

Kolozsvár, una región autónoma húngara en Transilvania– hubiesen sido logros (más tarde suprimidos) de la era estalinista. No solo había privilegios para personas de origen proletario, sino también para cuadros pertenecientes a minorías. El programa leninista había abarcado el desarrollo de todas las culturas étnicas: las elites regionales o étnicas del bloque soviético, ahora enfrentadas, habían sido creadas por el Partido. Culturas nacionales a las que les gusta retrotraerse a una ficticia Edad Media habían sido dotadas de guion –y más tarde, de prensa, edición, educación superior, teatro– por comisarios ilustrados con inclinaciones románticas, que creían en las prístinas culturas populares de los Urales, alejadas de la decadente San Petersburgo. *Fausto* fue traducido a docenas de idiomas por poetas cuyos ascendientes habían sido analfabetos solo una generación antes. Estas naciones están ahora viendo vídeos pop en YouTube.

¿Qué significado le atribuiría usted a la «primacía simbólica» de la clase obrera?

No deberíamos olvidar que todos los sistemas de castas y de clases, sean cuales sean las diferencias, se basan en un sistema de valores que exalta las virtudes del espíritu frente al trabajo manual, de la clase ociosa frente a aquellos que deben ganarse el sustento, de la meditación frente a la actividad, de las cosas hechas por el mero placer de hacerlas frente a las hechas por pura supervivencia física. No solo se suponía que el clero y la aristocracia gobernaban, sino que eran moral, intelectual e incluso físicamente superiores (recuérdese la sorpresa de lord Curzon al ver soldados bañándose en la Primera Guerra Mundial: «¡No sabía que los obreros tuviesen la piel tan blanca!»). Pues bien, el Partido invirtió esto. El «socialismo real», aun sin ser socialista, fue único porque operó un maravilloso cambio moral, al afirmar la superioridad del trabajo manual y situar al trabajador en la cúspide de la jerarquía moral. Rara vez se entiende el tremendo *coupure* cultural que esto supuso. Le propició al régimen más odio que todo lo demás; la prensa europea posterior a 1989 sigue burlándose, en su sincero desprecio (buen odio de clase a la antigua usanza), de los palurdos untados de grasa y cubiertos con gorras de paño, aquí llamadas, característicamente, «gorras Lenin». Se niega la mera existencia de obreros que leyesen a Brecht y escuchasen a Bartók.

El culto compensatorio al «intelectual», tras el que se escondía la nueva clase media, debía supuestamente ocultar las diferencias de clase mediante la idea del servicio desinteresado de la mente para hacer

realidad un mundo, en beneficio de los trabajadores manuales, en el que el espíritu y la materia, el trabajo y el ocio, se fusionasen. Dado que en su mayor parte esto era, por supuesto, mera ideología, surgió una gran literatura –ahora olvidada– de la desilusión comunista. En general, la oposición más temida por el régimen era la de izquierdas. La sección antitrotskista del Servicio Secreto Húngaro no se disolvió hasta 1991. Prácticamente no había trotskistas en Hungría; la sección se ocupaba de cualquier herejía marxista, pero muestra hacia dónde se dirigían los temores de los dirigentes.

¿Sería correcto pensar que Yugoslavia siguió siendo un universo relativamente separado de la escena de Europa Central y Oriental en las décadas de 1970 y 1980, con poco contacto entre ambos?

Estaba, por supuesto, separada; en cuanto a visados de salida, por ejemplo, era como un país occidental. Aunque era mucho menos hostil a la Unión Soviética que la Rumanía de Ceaușescu, consumida por el odio anticomunista y antirruso, enamorada de todo lo que pareciese antisoviético, desde De Gaulle, Begin y Nixon al Sah de Irán y el hermano número uno, el camarada Pol Pot...

Ceaușescu fue debidamente homenajeadado en el palacio de Buckingham, con la Orden Militar del Baño

Efectivamente. Yo asistí al discurso pronunciado en 1968 por De Gaulle en la Universidad de Bucarest, en el que aduló a Ceaușescu y habló con elocuencia sobre *ce petit pays latin, entouré par slaves et magyars* –no dijo *hongrois*–, y recibió aplausos atronadores; no míos, me temo. Pero había contactos con Yugoslavia, ciertamente. Cuando me metieron en la lista negra en Rumanía y Hungría, publiqué mis artículos en revistas yugoslavas editadas en húngaro; eran excelentes. Estaban mucho menos censurados que las editoriales y la prensa en Hungría o Rumanía, y eran especialmente permisivos respecto a las herejías de la Nueva Izquierda, históricamente temidas y odiadas en el bloque soviético. En la década de 1970, el régimen de Europa Central y Oriental había dejado de fingir que era de modo alguno marxista; se trataba de la *damnosa haereditas*, silenciosamente repudiada. En mis días de estudiante, Weber, Wittgenstein, Heidegger y Lévi-Strauss eran los principales pensadores, y el éxito de la filosofía analítica y la economía neoclásica era tremendo. La división estricta, en los países sometidos a la influencia alemana, entre «ciencia»

—que incluía por supuesto las humanidades, la historia, la economía, la sociología, la estética y la filosofía— y «política», una plaga de la vida pública de Europa Oriental, viene de Weber, el indiscutido santo y héroe de la década de 1970, la última en la que los intelectuales de Europa del Este aún leían libros. Los marxistas, como la escuela de Lukács en Hungría —un grupo con el que yo mantenía amistad, pero al que nunca pertencí—, eran disidentes de la Nueva Izquierda o de la variedad eurocomunista; por lo tanto, ambos eran antisoviéticos y cuestionaban intrínsecamente la legitimidad y la autenticidad del «sistema socialista», mientras que el Partido afirmaba simultáneamente el carácter socialista del régimen y no deseaba que se lo recordasen, bajo el nuevo sistema de mercado, con su desigualdad y su individualismo crecientes. La famosa decisión tomada por el Comité Central húngaro contra los discípulos de Lukács —Heller, Márkus, Vajda, Kis y otros— prácticamente ilegalizó el marxismo durante el tiempo que siguió durando el sistema. Para cuando podía haber sido rehabilitado, en 1989, estaba muerto, y todos los protagonistas eran liberales.

En Yugoslavia era distinto. Era un capitalismo de Estado y burocrático como cualquier otro, pero sus dirigentes seguían soñando con una especie de orden no alienado y no cosificado, a pesar de la obvia quiebra de la aventura de la «autogestión», y —en un Estado multiétnico y federal— se consideraban internacionalistas, solo para librar una sangrienta guerra entre ellos unos años después. Se habían convertido en liberales o en entusiastas de la Edad Media, religiosos, sanguinarios, y chovinistas. Pero antes de eso habían recibido con los brazos abiertos a Ernst Bloch y Herbert Marcuse en Korcula y Dubrovnik. Yo la *New Left Review* la vi por primera vez en Belgrado en 1979. En general, era más sencillo pasar de contrabando libros que publicaciones periódicas, porque las autoridades húngaras desconocían los títulos; las palabras «New Left» eran conocidas por los aduaneros y los oficiales fronterizos húngaros, incluso en inglés, pero no había problemas para importar de Viena el *Tagebuch* eurocomunista de Franz Marek, excepto si llevaba la hoz y el martillo en la portada. Por el contrario, Yugoslavia era un paraíso «comunista», con dinero de las remesas enviadas de Alemania por los *gastarbeiter*, y parecía más cerca del mundo real, con sus peleas, debates y enfrentamientos políticos abiertos, a pesar de la represión, el militarismo y el caudillismo de la camarilla dirigente de Tito. Pero en la década de 1980 los intelectuales húngaros y rumanos buscaban inspiración en Occidente, y, cada vez más, en los regímenes corporativistas reaccionarios de entreguerras.

También es muy instructivo que sea en los Balcanes, especialmente en las repúblicas exyugoslavas y en Grecia, donde todavía existe en la actualidad una izquierda marxista joven y vigorosa, y no en Europa central, los denominados países Visegrád, en los que no hay nada comparable, a pesar de que están amenazados por una derecha terrible y violenta, cuasi fascista. (En la provincia de Vojvodina, son cotidianos los ataques xenófobos contra habitantes de etnia húngara, y los partidos neonazis son extremadamente fuertes en Bulgaria y Grecia, donde utilizan las protestas sociales a las que a la vez se oponen).

¿De qué modo permitieron las políticas de Gorbachov el avance de las fuerzas democráticas?

Fueron importantes de modo negativo, en el sentido de que dejaban claro que el Ejército Rojo no intervendría. En la primera gran manifestación no autorizada en Budapest, en junio de 1988, en la que yo debía ser el orador principal, los antidisturbios me golpearon y me detuvieron, pero me liberaron a las dos horas. El solemne nuevo sepelio de Imre Nagy, un año después, fue un asunto de Estado, garantizado por los *ci-devant* servicios secretos, el ejército y la policía húngaros, y disfrazado de revolución. Me indignó tanto que no asistí. Gorbachov en sí era contemplado como una figura cómica: la debilidad nunca se perdona. En todo caso, tal vez se haya exagerado la importancia de la Unión Soviética, nunca fue una presencia activa. No conocí a un ruso vivo hasta una conferencia de disidentes organizada en París en 1989. Nunca he puesto los pies en un territorio soviético o exsoviético: antes no me daban el visado y ahora no tengo dinero.

No deberíamos olvidar jamás que la desaparición del socialismo ha sido una tragedia. Incluso cuando me oponía claramente desde la izquierda, me lo parecía. Piense. Un evangelio dirigido contra el trabajo, el poder, la procreación, contra la preocupación por el mañana o por la muerte –piense en los lirios del campo–, representado por el odiado símbolo romano de la tortura y el asesinato, la cruz, acaba siendo personificado por un monarca vestido de César en, de todos los lugares posibles, Roma; una comunidad profética distinguida por prohibir las imágenes escultóricas, representada por la más escultórica de todas las imágenes, el *Moisés* de Miguel Ángel. Y de nuevo: un credo que defiende con firmeza la liberación total, la ruptura definitiva con cualquier tipo de autoridad y jerarquía, combinado con una elevada modernidad hipercrítica, acaba

alojado en la residencia simbólica de los zares, el Kremlin (allí no hay Marx, sino Iván el Terrible y Boris Godunov), mientras los sepulcros blanqueados del Politburó recibían el saludo de los soldados del Ejército Rojo desfilando con el paso de la oca, y mantenían un sistema de cárceles, campos de concentración y hospitales psiquiátricos que curaban la razón crítica con fármacos y electrochoques. Suficiente para que uno se desespere de la humanidad. Es difícil, quizá, imaginar que una civilización completa pueda verse atormentada hasta este extremo por el desencanto y la desesperación, pero, no obstante, es un hecho. Nosotros los disidentes quizá celebrásemos una victoria, pero ya entonces tuvo un regusto a derrota, un tufo a resaca.

¿Cómo compararía las experiencias de 1989 en toda la región?

En primer lugar, no fue accidental, como tanto le gustaba decir a Stalin, que el régimen fuese en último término vencido por el movimiento obrero polaco. A Solidarnosc la llamaban sindicato, ¿pero cómo estaba compuesta? Era una red de células fabriles, no organizadas por sector sino por región, dirigida por un organismo central asesorado por intelectuales comprometidos, una completa reminiscencia de los partidos comunistas en sus comienzos. Estaba dividida, como su enemigo y predecesor, en consejos de trabajadores y el partido revolucionario, que al final eran indistinguibles, como en Rusia, Hungría y Alemania entre 1917 y 1923. Por supuesto, en tiempos de Solidarnosc, el Partido representaba la reforma de mercado, y los trabajadores exigían la restauración del Estado del bienestar planificado e igualitario. En la década de 1980, la oposición de los trabajadores polacos siguió a su adversario hacia el restablecimiento de un capitalismo de mercado liberal –con la esperanza de obtener mayor libertad– y ambos fueron conducidos a la insignificancia en el contexto político de la nueva democracia liberal. En Hungría competían por el poder excomunistas defensores del mercado, liberales defensores del mercado y nacional conservadores defensores del mercado. Las nuevas ideologías abogaban por el *embourgeoisement*, por la creación de una clase media, supuestamente garante de la libertad; y ahora los apuntados a las buenas causas se preguntan por qué la clase media es tan autoritaria y racista.

En la región solo hubo una revolución verdadera, la rumana: los intelectuales rumanos necesitaron una década para demostrar que había sido un golpe de Estado de la KGB, aunque a principios de enero de 1990 yo

vi la sangre en la nieve cuando por fin pude regresar a Kolozsvár/Cluj, la sangre de soldados y trabajadores que a nadie le gusta recordar. Pero yo sí los recuerdo, y les agradezco haber podido volver después de una década y haber experimentado la felicidad delirante de que Ceaușescu hubiese desaparecido. Todavía se me saltan las lágrimas cuando hablo de ese tema. En cuanto a los demás, fue un proceso de descomposición complementado con embustes, en el que los disidentes fuimos los tontos que legitimamos la *Schweinerei* [cochinería] que se estaba produciendo. Más aún. Como todas las revoluciones, fue un momento de inspiración, cuando el pueblo se convierte en un genio con muchas cabezas. No puedes imaginar la sutileza y la inteligencia de los múltiples círculos, clubes y asociaciones en 1988-1989. Por término medio, sin embargo, se dio una mezcla. La llegada de la crisis económica –acelerada, pero no causada, por la privatización, la desregulación y la liberalización– no asustó al principio a la opinión pública. Personas como Walesa, Havel, Kuron y demás (yo incluido) presentaron sus ideales como algo occidental – un sinónimo de éxito– hasta el extremo de aceptar la Guerra del Golfo. Cuando finalmente se comprendió hasta qué punto se había hundido una civilización –cuando los antiguos disidentes todavía celebrábamos la libertad, pero ya estábamos siendo acusados por los nuevos poderes fácticos de sesentayocheros desarraigados y cosmopolitas, pervertidos, homosexuales, amantes de los gitanos y, lo peor de todo, fe-mi-nistas–, ya era demasiado tarde.

No lamento para nada haber luchado contra el régimen «socialista» –mendaz, estúpido, brutal, represivo y desleal– y sigo identificándome emocionalmente con la disidencia de aquellos años. Pero no me gustan nada los resultados de esas luchas y, aunque mi participación en los acontecimientos fue modesta –fui más un orador en mítines masivos que un verdadero líder, y después parlamentario por la Alianza Democrática Libre (SZDSZ) entre 1989 y 1994–, me siento responsable. Es especialmente humillante que el más simple militante trotskista, comunista de consejos o anarcosindicalista viese con mucha más claridad que teóricos famosos y brillantes que, por muy merecida que fuese la derrota del bloque soviético y del capitalismo de Estado al estilo soviético, por comprensible y saludable que fuese el apasionamiento de Europa Oriental por la libertad y los derechos, por prometedora que fuese la caída de los partidos pro mercado estalinistas, era al mismo tiempo un desastre histórico, que presagiaba la desaparición del poder de la clase obrera, de la cultura antagonista, el fin de dos siglos de beneficioso temor de las

clases dominantes. Lo que en *El capital* de Marx era una interpretación filosófica y una idealización –el capitalismo como sistema total, en el que el único sujeto es el capital– se ha convertido en una realidad palpable y cotidiana.

¿En qué medida su trayectoria política ha respondido a los resultados sociales y políticos de la «transición», y en qué medida ha supuesto una crítica al liberalismo propiamente dicho?

Esta trayectoria es realmente peculiar, porque adopta la forma del vuelo del bumerán, de izquierda a derecha y vuelta a la izquierda, aunque hasta la década de 2000 no me hice marxista. La primera mitad es suficientemente común, una rebelión contra la dictadura, con la dimensión añadida de la discriminación étnica experimentada en Rumanía. Pero, por extraño que parezca, en esto me ayudaron mis incursiones en el pensamiento conservador. Michael Oakeshott –coincidí con él una vez y me causó buena impresión– y, en particular, Leo Strauss despertaron mis dudas latentes acerca del liberalismo antes de mi giro a la izquierda. (De hecho, tal vez algún día escriba un artículo titulado «Leo Strauss para revolucionarios»). Al igual que en mi primera juventud Nietzsche había despertado mi interés por el cristianismo, también Strauss me llevó a Spinoza y Rousseau. El liberalismo, en cuanto sistema de separaciones y conflicto atemperado, es incapaz de justificar un orden político eternamente necesitado de motivaciones para la libre aceptación de obligaciones, también denominada altruismo. Al carecer de esto, deberá esforzarse mucho por legitimar la coerción y la invención de la mentira noble por parte de las elites cultas. *Natural Right and History*, el único libro que trata del trágico cinismo de Weber y del engaño de la supuesta dicotomía entre hechos y valores, me abrió los ojos ante la debilidad de una visión política del mundo necesitada de certidumbres de procedimiento, sostenida en el mundo angloparlante por un normativismo abstracto y vacío que omite por completo la filosofía moderna, con la excepción de un Kant tergiversado y simplificado: esto es lo que ellos llaman «filosofía política».

En consecuencia, al observar el giro liberal de antiguas lumbreras socialistas como Jürgen Habermas, convertidos en poco más que pilares del poder establecido, decidí arrojar toda mi supuesta *oeuvre*, romper con toda mi vida anterior y volver a estudiar. Esto, por supuesto, ha liberado mi apasionado repudio de la situación que nosotros forjamos,

mi simpatía y compasión por aquellos a quienes la introducción del mercado ha empobrecido y convertido en analfabetos de nuevo. Me he visto obligado a reconocer que nuestro ingenuo liberalismo entregó una democracia naciente en manos de irresponsables políticos derechistas llenos de odio, y contribuyó al restablecimiento de un mundo social provinciano, deferente y resentido, que recuerda al de antes de 1945. La ruptura, por supuesto, ha sido muy dolorosa, porque me ha excluido del círculo de personas con el que me relacioné durante décadas –los disidentes–, de modo que en la actualidad mis amigos son en general varias generaciones más jóvenes que yo; personas maravillosas, pero sin los recuerdos compartidos tan necesarios para las verdaderas amistades. Al mismo tiempo, los jóvenes izquierdistas rumanos me han permitido llevar una consoladora existencia discreta en Transilvania, y librarme por fin del sentimiento que envenenó mi juventud: el sentimiento de que el conflicto étnico era irremediable. Tras treinta años de ausencia, por primera vez en mi vida, cuando doy charlas y a veces escribo para revistas en rumano, me siento bien recibido en mi propia tierra: una fuente de gran placer y quizá innecesaria justificación.

¿Cómo impactaron en el resto de la región los conflictos étnicos de Croacia y Bosnia, y después la guerra de la OTAN en Yugoslavia?

En el plano oficial, estas cosas están estricta y rígidamente determinadas por el pasado, en opinión de la clase dominante: por ejemplo, los dos países «socialistas» donde no hubo tropas de ocupación rusas, Polonia y Rumanía, son hoy los más antirrusos, en recuerdo de viejas disputas territoriales y étnicas. En el caso de Yugoslavia: Alemania, Austria y Hungría se pusieron del lado de la OTAN y la Croacia católica contra la Serbia ortodoxa griega y supuestamente «comunista»; checos, rumanos, griegos y rusos se opusieron a lo que consideraban «las potencias centrales», percibidas como católicas y «alemanas». Avivó el antiguo prejuicio acerca de la división católica-ortodoxa como límite entre Europa y los bárbaros orientales, un cliché que les encanta a los nacionalistas y etnicistas húngaros. El primer ministro húngaro de aquel momento (y en la actualidad), Viktor Orbán, llamó a los húngaros de la Vojvodina serbia «una minoría de la OTAN»; muy útil, como puede imaginarse, cuando las bombas de la OTAN caían sobre Újvidék/Novi Sad. Al presentar a Milosevic como «comunista» y aliado de Rusia, era posible establecer la imagen de la izquierda centroeuropea como algo oriental, bárbaro, atrasado y condenado a la derrota. (Por otro lado, la izquierda como agente

de modernización es concomitantemente vista como el proconsulado del Estados Unidos judío; en la década de 1930, era la Inglaterra judía). En su mayoría, los disidentes de 1989 –Havel, Kuron, Michnik y otros– respaldaron plenamente los bombardeos de la OTAN sobre Belgrado. Para entonces yo estaba en la calle protestando, y me tachaban de «idiota útil» de Milošević por hacerlo. Recuerdo un debate con Alain Finkielkraut en el Institut Français de Budapest: él –partidario del líder etnicista y antisemita croata, Tudjman– se reía de mí por mi tonto sentimentalismo: «Bueno, la gente se deja matar por la causa de la libertad y de Estados Unidos, ¿no?».

En un impresionante artículo escrito en aquel momento, «La guerra de los doscientos años», describía usted un patrón común al imperio austro-húngaro, Yugoslavia y la URSS: la política se limitaba al centro, mientras que las elites regionales representaban la etnia sin política; cuando el centro desapareció, el etnicismo –agudamente distinto del nacionalismo– fue la única fuerza que permaneció. También predecía usted que o bien Occidente toleraría una extremada purga étnica en Yugoslavia, o bien establecería allí un imperio propio: ambos, al final...

Algo que a mí me preocupaba era el destino de las minorías étnicas –he sido, soy y seguiré siendo un húngaro transilvano– y veía que ni minorías ni mayorías aprendían de su experiencia. Todo lo que parecían desear era el poder. Para alejarse tanto como les fuese posible del nacionalismo democrático –que es una variante del republicanismo clásico: igualdad política y autodeterminación– se embarcaron en lo que yo he denominado etnicismo: una práctica apolítica y destructiva, opuesta a la idea de ciudadanía. Los húngaros transilvanos se situaron en las primeras filas de la revolución rumana de 1989, que repudiaron –por «extranjera»– a los pocos meses, después de haber sido víctimas de pogromos rumanos. La ciudadanía común parece una quimera. No es de extrañar, sin embargo: la ciudadanía y el nacionalismo cívico-democrático dependen del Estado, aniquilado por la política neoliberal. El nacionalismo ha reunido pequeños principados, y los ha convertido en grandes países: Italia, Alemania, Rumanía, Checoslovaquia, Polonia, Yugoslavia y quizá incluso la Unión Soviética. El etnicismo los ha destruido y creado míseros estaditos provincianos y bárbaros, dependientes de la financiación internacional y de la mafia local para sobrevivir. A este respecto, Europa Oriental no es heterogénea. Es un área de temor en la que una réplica en plástico del tribalismo parece tranquilizadora y confortable.

Se ha dicho que la iniciativa geopolítica crucial de Occidente después de 1989 fue la de insistir en establecer una relación individual y directa con cada país centroeuropeo, en lugar de negociar con el bloque en conjunto. Uno de los resultados fue que cualquier disconformidad con el consenso Washington-Bruselas era automáticamente tachada de aislacionismo o «nacionalismo». ¿Qué opina usted de este argumento?

Tiene parte de verdad, pero las elites liberales no necesitaban que Occidente las animase a romper lazos con una Rusia que en su opinión personificaba el terror, el atraso y la pobreza, ni para hacerse neoconservadoras. No fue solo la presión occidental, sino también el deseo en grupos importantes de Europa Oriental de equiparar libertad con Occidente, así que se prestaron voluntarios. En vano escribí a comienzos de la década de 1990 que «la libertad no es un concepto geográfico». Hacerse «occidental» o, más tarde, «europeo» era el lema más popular en aquel tiempo. Por consiguiente, el asunto fue la desindustrialización y la venta de casi todo a conglomerados multinacionales a precios de saldo, recibidas con entusiasmo por gente enamorada de lo que un gran escritor inscrito en el movimiento *völkisch* húngaro de la década de 1930, László Németh, denominó «autocolonización».

¿Cuáles han sido las consecuencias a largo plazo?

Aparte del terrible empobrecimiento de la región, la transformación de Europa Oriental en un agujero negro económico, el desempleo galopante y las desigualdades tercermundistas, ha hecho que el etnicismo —no el nacionalismo, ya que carece de dimensión cívica— aparezca como la única oposición sistémica. En consecuencia, el etnicismo ha atraído, por desgracia, a los espíritus rebeldes que con toda razón rechazan el neoimperialismo de las multinacionales y de las organizaciones internacionales, desde la OTAN al FMI pasando por la OMS, y de quienes piensan que el capitalismo liberal no es más que un disfraz para el sometimiento y la explotación extranjeros.

¿Cómo evaluaría el papel de la UE en la región?

Ha sido un completo fracaso. Aquí la UE solo se ve como una panda de extranjeros desagradables, con una pomposa retórica institucional que enmascara el férreo egotismo occidental. La menguante minoría liberal la considera una posible defensa contra multitudes sanguinarias, un

«liberalismo del terror» por antonomasia que no presagia nada bueno. La UE ha intervenido de modo saludable en defensa de la libertad de prensa o la igualdad entre sexos, aunque nadie parece creer en el altruismo de sus motivos. Pero nunca ha sido popular, la verdad. La gente no está dispuesta a creer en una libertad que siempre parece acompañada de recortes y más recortes.

¿En qué periodos dividiría el cuarto de siglo transcurrido desde 1989 en Europa Oriental?

En primer lugar, el momento de la independencia y la libertad: la efervescencia liberal. Segundo, la privatización y el desmantelamiento de los restos del Estado del bienestar «socialista», junto con la realineación de los antiguos partidos «comunistas» estatales, que aceptaron con entusiasmo la agenda neoliberal, como corresponde a su tradición positivista, progresivista y modernizadora. En tercer lugar, una reacción corporativista de derechas contra esto, en gran medida fracasada, con el resultado de: decepción y furia. Cuarto, el despilfarro de los sistemas constitucionales, los derechos civiles, el pluralismo y la tolerancia que produjo, en el caso de Hungría, un orden rígido y nacionalista y, en el resto de los países del bloque soviético, el caos.

La palabra caos sugeriría una completa descomposición del orden social. ¿Es eso lo que usted percibe?

Por caos quiero decir la descomposición de las lealtades, las simpatías y las creencias acostumbradas que apoyarían la hipótesis de una especie de bien común, y que no han sido reemplazadas por un nuevo credo rebelde, sino por prejuicios, supersticiones y cuchicheos acerca de poderes ocultos; cada uno o cada una para sí; el reinado de la desconfianza; el sentimiento de que estamos acabados, pero que al mismo tiempo todo es un chiste; mal humor avanzado; un feroz rechazo de todo lo que huele a supraindividual; odio a toda la política; desacato de la ley; odio a todos y odio a uno mismo. Un horizonte cerrado.

En algunos casos, el camino para la resurgencia de la derecha en Europa Central fue abierto por la comprensible eliminación electoral de los Gobiernos de centro izquierda –el de Leszek Miller en Polonia (2001-2005) o el de Gyurcsány en Hungría (2004-2009)– liderados por excomunistas renacidos. Elegidos por las promesas de restaurar la estabilidad social y la solidaridad

tras la destrucción provocada por la terapia de choque, una vez en el cargo resultaron profundamente corruptos y cínicos, y mantuvieron las implacables políticas neoliberales. ¿Qué responsabilidad tienen estos partidos de centro-izquierda –y las medidas dictadas por los «criterios de convergencia» más en general– del ascenso de una derecha virulenta?

No olvidemos, por favor, que estos señores nunca han sido comunistas de tendencia alguna. Eran modernizadores que se sentían atados por el poder militar de la Unión Soviética, y se mostraron siempre menos críticos con el capitalismo liberal de Occidente que los disidentes. Se oponían a Solidarnosc porque para ellos significaba desorden, porque era proletaria y porque era católica e ingenuamente patriótica. No fue solo el SPD de Helmut Schmidt el que juró por Karl Popper: estos nunca habían sido enemigos de la «sociedad abierta», en el sentido de la circulación de capitales y las libertades individuales, mientras estas no equivaliesen a poder popular. La razón y el progreso –la tendencia más poderosa del movimiento obrero desde Saint-Simon, en la que *El capital* se consideraba un asunto esotérico, mientras que los líderes y los teóricos preferían el positivismo y el empirismo de la última época de Engels–, la razón y el progreso apuntaban ahora a Wall Street y la City londinense. No es cierto que los supuestos partidos izquierdistas de Europa Oriental prometiesen más justicia social que sus supuestos rivales de derecha; siempre estuvieron asociados –como mínimo desde 1981– con los recortes y los presupuestos equilibrados. Luego no hay ninguna sorpresa. Con la interesante excepción de los socialistas húngaros, también son manifiestamente nacionalistas, véase hoy a gente como Robert Fico, Ivica Dacic, Victor Ponta, Sergei Stanishev, Milos Zeman y demás.

Los partidos de centro-izquierda han estado a favor de la terapia de choque desde el principio. A veces atacan a sus competidores de derecha por no ser suficientemente ortodoxos en el seguimiento de las prescripciones impuestas por el Consenso de Washington. Por eso antiguos disidentes como Adam Michnik pudieron apoyar una «izquierda» que era, y es, impecablemente neoliberal, un sinónimo, para mis antiguos compañeros de armas, de compromiso con la libertad y el pluralismo. El centro izquierda oficial en Europa Oriental se acerca más en espíritu a la corriente política convencional en Occidente que la derecha oficial de Europa Oriental. A veces puede protestar por las evoluciones autoritarias en Polonia o Hungría, pero las introduce o las aplica en los demás

países. Si esto es traición, ocurrió ya hace más de treinta años. Sabemos por *From Stalinism to Eurocommunism*, de Ernest Mandel, que no fue Margaret Thatcher sino Enrico Berlinguer, secretario general del Partido Comunista Italiano, quien primero defendió las virtudes sin parangón de la austeridad (¡en 1973!). No se puede esperar nada de estos partidos y los serviles sindicatos a veces asociados con ellos, mientras que Solidarnosc ha menguado hasta convertirse en una pequeña secta revivista, dispuesta a apoyar a Gengis Kan.

En un importante artículo publicado en 2000, «On Post-Fascism», analizaba usted la confluencia de fuerzas que sirvió para limitar la ciudadanía efectiva bajo el capitalismo liberal, a pesar de la expansión de los procedimientos formalmente democráticos. La experiencia de la pasada década ¿ha alterado dicha imagen?

No mucho. En las condiciones de capitalismo global desregulado y neoliberal no solo están aumentando las poblaciones migrantes, sino muchas otras categorías de personas apartadas, por una u otra razón, de los Estados-nación tradicionales, que ya no pueden aportar protección legal, por una parte, ni patriotismo, por otra. Si no avanza para convertirse en una condición universal —expandiéndose, como hizo a partir de 1789—, la ciudadanía perderá su sentido. Si solo está disponible para las poblaciones blancas sedentarias y oficialmente censadas de los Estados-nación occidentales, conducirá a regímenes autoritarios basados en el pánico racial y moral. Si, igualmente, solo la obtienen las «naciones cívicas» relativamente privilegiadas, en un número decreciente de Estados burgueses todavía estables, la ciudadanía se convierte en una distinción, en lugar de la condición universal prometida por la Revolución francesa. Si la xenofobia contra los inmigrantes, la difusión del odio contra los musulmanes, la histeria contra los gitanos y otros similares se imponen, su orden simbólico y policial solo puede sostenerse mediante una tiranía aparentemente respaldada por «el pueblo», lo cual esta vez significa los blancos ricos y quienes aspiran a serlo. Europa puede convertirse en cualquier momento en una gran Rodesia.

¿Cómo podríamos instalar un sistema de ciudadanía universal? El precio que hay que pagar es el desmantelamiento de la versión contemporánea de capitalismo pseudoliberal; ningún multiculturalismo puede hacer justicia a este problema. Pero las mayorías blancas están cada vez más

desesperadas. Antes de 1989, yo solo temía a la policía secreta. Pero hoy puedo tener que afrontar la ira de mi propia gente, porque me consideran partidario de los gitanos, de los inmigrantes, de los homosexuales o cualesquiera otros. Por consiguiente, a diferencia de cualquier otro momento en la historia, la igualdad se percibe como enemiga de los intereses de la mayoría. En cuanto defendemos a los morenos, a la gente ya no le interesa nuestra oposición al régimen de Wall Street. Ambos son extranjeros. La izquierda vuelve a ser contemplada como una cábala judía, que representa al Otro. Se considera que, so pretexto de la igualdad, la izquierda ataca de nuevo a lo local, lo tradicional, lo íntimo, lo de aquí. Ven al comunismo, igual que al capitalismo planetario, como algo insensible al Hogar. Sí, lo es, porque le preocupan los que no lo tienen.

¿Qué recursos intelectuales del pasado considera de especial valor en la actualidad?

No fueron Marx ni Engels ni la Segunda Internacional, sino los fundadores del Komintern –Lenin, Luxemburg, Trotski, Bujarin– y unos cuantos más, como los austromarxistas que rodeaban a Otto Bauer y la oposición comunista de izquierda germano-holandesa, los primeros sinceramente internacionalistas y antirracistas. Fueron ellos quienes asumieron la causa de los pueblos oprimidos de la periferia y la semiperiferia, de las «naciones de color», los que se opusieron seriamente al imperialismo, del que Marx pensaba aún que podía tener una misión *civilisatrice* en India y demás lugares ignorantes al otro lado del mundo. ¿Qué le ha ocurrido a la idea de la solidaridad internacional, a la amistad entre los pueblos, a la autodeterminación, al estar del lado de los pobres o a la noción del «eslabón más débil»? Hay ahora una tendencia bien recibida entre la izquierda joven de la región a desarrollar formas de cooperación antinacional entre diversos *foci* de resistencia en los países de Europa Oriental, para oponerse a la presión de las estrategias del capitalismo planetario ubicadas todavía principalmente en Occidente. En las reuniones a las que asisto en Zagreb y en Belgrado, las hijas y los hijos de nacionalistas croatas y serbios, que en otro tiempo derramaron mutuamente su sangre, están resucitando la primera condición de cualquier oposición antisistémica, llamada en buen alemán *Fundamentalopposition*: dudar de los principios clasificadores del enemigo. Y lo hacen juntos. Cuando los rebeldes del siglo XVIII empezaron a dudar de la superioridad inherente de la sangre normanda, o de la inefable santidad de los obispos, empezaron a superar las diferenciaciones impuestas desde arriba que los hacían

ser obedientes, la reverencia ante la superioridad espiritual y moral que siempre es necesaria para conservar el ascendiente de los pocos sobre los muchos en cualquier sociedad de castas o de clases. El truco contemporáneo de los gobernantes es la «cultura».

El sistema dominante identificado descaradamente con la excelencia occidental –diligencia, ahorro, frugalidad, paciencia, disciplina, trabajo duro, mejora personal, elegancia: todo ello revestido de una refinada estética– mira con desprecio al «Este» y al «Sur», a los que considera ingobernables, perezosos, esclavos de Baco y del deseo, racistas, xenófobos, etcétera. Es una variación del viejo tema de las criaturas cuyo ser es inferior, regidas por el corazón y la corporalidad, y no por la razón, prerrogativa de los poderosos en todos los tiempos. Se suponía que las mujeres eran criaturas de sentimiento y sexualidad irresistible, a los judíos y ahora a los musulmanes los presentaban, y aún los presentan, como personas guiadas por la envidia, el resentimiento y la pasión, y por la ausencia de un afinado «sentido de la realidad», que siempre significa un apego conservador al *ancien régime*. El inferior –proletario, mujer, de color o semita– siempre se equipara de algún modo con el cuerpo; las exigencias de justicia social siempre están motivadas por la necesidad. El superior se equipara con el alma feroz –los guerreros, o los emprendedores heroicos de Sombart– o con el espíritu frío como el hielo: sacerdotes, estudiosos, banqueros, administradores. A los pobres, incluidas las regiones y las naciones pobres, por el mero hecho de desear más y mejor, los presentan creciendo en una cultura de la dependencia –de las limosnas de los ricos– y del robo: es decir, los intentos de expropiar y de hacer justicia social convirtiendo en suyo lo que por derecho pertenece a otros. El peso de tales clasificaciones culturales es enorme: la redistribución se considera una limosna y una confiscación de la propiedad que solo un Estado tiránico puede efectuar; de ahí que todos los movimientos igualitarios impliquen el fin de la libertad.

Lo asombroso es que estas clasificaciones «culturales» están cada vez más biologizadas y moralizadas. El *establishment* de Europa Oriental quiere demostrar que somos unos pobres dignos de ayuda –véase la «sociedad basada en el trabajo» de Viktor Orbán, que finalmente derrotará al execrable Estado del bienestar, una vil y astuta estratagema comunista donde las haya– a quienes podría permitírseles un poco de relajación, porque estamos tensando todos los nervios para ser como todos los demás y estar orgullosos de ello (en el caso de Orbán, muy

orgullosos, todo siguiendo el espíritu de la Sagrada Corona de San Esteban). De modo que deberíamos dejar de ser holgazanes quejicas; los salarios bajos son el castigo adecuado por nuestra imperfección moral. Y si uniformemente algunas «culturas» no consiguen prosperar, debe de haber también alguna imperfección genética, ¿no? Esta opinión clásicamente colonial acerca de las diferencias «culturales» no es nada nuevo; en el caso europeo, puede prescindir del poder militar, al contrario que en 1914, pero por lo demás sigue siendo igual. La fuerza compensatoria establecida por los pueblos orientales –el bolchevismo– fracasó o fue derrotada, o ambas cosas a la vez. Os dirán que la reconstrucción de una nueva izquierda en Europa Oriental nacerá en una cultura de resentimiento, causada por la falta de cultura democrática profundamente arraigada como la que podemos admirar en la incesante grandeza de la Madre de los Parlamentos, Inglaterra. Bien, hay muchísimo resentimiento. Pero lo mismo que el capital no tiene nacionalidad, tampoco el movimiento anticapitalista puede tenerla. Las tendencias verdaderamente igualitarias –por no hablar de las corrientes verdaderamente comunistas– no tendrán como objetivo la diferenciación y la diversidad, aunque este es exactamente su punto de partida. Las diferencias que deben querer eliminar son las de clase, las de raza y las culturales. *Vive la différence?* No. *Vive la Commune!*